

La luz chi

Xavier Lozoya*

La primera vez que escuché hablar sobre la acupuntura fue en 1970, en el Centro Médico Nacional del Instituto Mexicano del Seguro Social de la Ciudad de México. En mi condición de médico-becario en investigación de nivel I, asistí a la conferencia que una delegación de médicos chinos ofreció en el aula principal de la flamante Unidad de Congresos. El lugar estaba abarrotado de médicos de todas las jerarquías y especialidades. El público llevaba en su mayoría bata blanca y nosotros, los becarios y residentes, vestíamos un uniforme del mismo color, muchos con el estetoscopio al cuello. El ambiente era de expectación y se respiraba un fuerte academicismo. Era igualmente impresionante ver que ocupaban sus lugares los médicos más famosos de la institución, las luminarias de la medicina mexicana y buena parte de nuestros jefes y maestros, quienes se saludaban con el peculiar abrazo característico de nuestra cultura: un apretón con tres palmaditas durante el desenlace. La circunstancia era importante por dos razones: eran las primeras delegaciones de médicos que provenían de la República Popular de China (país que había sido recientemente admitido como miembro de la Organización Mundial de la Salud, toda vez que la ONU había decidido reconocer la existencia oficial de esa nación de casi 800 millones de habitantes) y, además, escucharíamos de viva voz de los expertos en qué consistía la acupuntura, terapia de la que sólo existían especulaciones. Mientras se iniciaba la solemne sesión, los comentarios iban desde aquellos que aseguraban se trataba de una forma de control psicológico, empleada por los comunistas de aquel misterioso país, hasta los que afirmaban que era la forma más moderna de curar el cáncer. Tres médicos chinos, de nombres irrepetibles, fueron presentados a la clase médica y alcanzamos a entender que eran cirujanos que utilizaban la acupuntura como método anestésico para realizar sus operaciones. Uno de ellos intentó, en un incomprensible inglés, explicar a los ahí reunidos la teoría en la que se basaba su procedimiento, del cual recuerdo que nadie comprendió nada. El *yang* y el *ying*, la dualidad en la que

dividían el funcionamiento del cuerpo humano y la circulación de una energía denominada *chi*, nos dejaron estupefactos. Luego mostraron dibujos antiguos (algunos procedentes de libros de más de 1,000 años) en los que aparecía el cuerpo humano surcado por numerosas líneas paralelas respecto a su eje y en las que se indicaba la presencia de “puntos” —sitios en los que el cirujano clavaba largas agujas para “inducir” el estado anestésico deseado—. El colega chino recibió al terminar un desanimado aplauso que puso de manifiesto el estado que guardaba la audiencia: una total indiferencia y falta de entendimiento de lo que habíamos escuchado. Minutos después, al oscurecerse la sala, se inició la proyección de una película a color. El filme mostraba la intervención quirúrgica en el abdomen de una mujer china, a quien los cirujanos extirpaban la vesícula biliar, mientras el anesthesiólogo acupunturista hacía girar con los dedos un conjunto de largas agujas que la enferma tenía en un pie. La sorpresa vino cuando la cámara mostró el rostro del paciente que permanecía despierta y era atendida por una enfermera que le daba gajos de mandarina, mismos que deglutía, totalmente consciente, mientras tenía el vientre abierto en canal. Las imágenes se repetían una y otra vez pasaban de la herida en que tenía lugar la operación, realizada con la técnica que todos conocíamos, a los pies y las piernas ensartados en agujas y de ahí a la discreta sonrisa de la chinita que parecía no percibir nada de lo que estaba pasando. El tenso silencio que hasta entonces reinaba en la sala se rompió cuando algunos de los grandes maestros de la medicina local empezaron a gritar frases como: ¡basta de circo! o ¡qué mentiras son éstas!, a las que siguieron imprecaciones más insolentes acompañadas de un ¡vámonos! que hizo que el auditorio se empezara a vaciar en medio de expresiones a favor y en contra, llamados a la seriedad, la calma y muchas otras cosas que ya no recuerdo. Al final, la película se suspendió y me vi sentado en medio de un salón casi vacío, mientras los organizadores daban todo tipo de explicaciones y pedían disculpas a los sorprendidos visitantes, quienes guardaban sus materiales de conferencia en unos portafolios que me parecieron tan antiguos como la tinta china.

Los días siguientes fueron de innumerables comentarios sobre el “circo chino”. Llegué incluso a escuchar a honorables médicos que aseguraban que era una forma colectiva de hipnosis desarrollada por la fanática Revolución Cultural y

que no era otra cosa que una forma pseudocientífica de mantener a los pueblos comunistas sojuzgados. Mis más cercanos maestros, neurofisiólogos y neurólogos, fueron menos virulentos; para ellos el secreto residía en el bloqueo de los nervios mediante estimulación eléctrica, que a su vez desencadenan una cascada de ferohormonas, neuropéptidos o lo que fuera, que al fin y al cabo estábamos en una época en la que cada semana se descubría alguna sustancia nueva producida por el sistema nervioso. A mi pregunta sobre el origen de los “meridianos” respondieron que no existían, que bien podría tratarse del sistema linfático o del propio sistema nervioso mal dibujado... Y todo siguió igual. [...]

Nota

*Al momento de esta publicación: Xavier Lozoya es investigador del Laboratorio de Plantas Medicinales de la Unidad de Investigación en Enfermedades Neurológicas del IMSS. Centro Médico Nacional “Siglo XXI”, Ciudad de México.

Fragmento del texto publicado en *Luna Córnea* 21/22. *Del ångström al infinito*
México, Centro de la Imagen/ Conaculta, 2001.